

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 3 DE MARZO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Unamuno juzgado por Giovanni Papini

MIGUEL de Unámuño no es el primero que ha estudiado a Don Quijote. Recuerdo haber leído, entre otros, un ensayo de Turghenief, en el que el héroe manchego comparábase al conocidísimo príncipe de Dinamarca que sirvió de vocero al alma del gran Will.

El libro de Cervantes, como todos los libros verdaderamente profundos— como, por ejemplo, la *Odisea*, las *Las mil y una noches* y los *Viajes de Gulliver*— puede darse a los niños para entretenimiento y puede servir como texto a un filósofo, para una teoría acerca de la vida. Está en él, la corteza, el sentido literal, que agrada al gusto de los niños de diez años y a los doctos de sesenta, y está en él el germen, la *substantifique moëlle*, que cita Rabelais, y que tan sólo los hombres suficientemente grandes, para no sentir contrariedad por bromas y absurdidades, pueden sorber hasta el fin. ¡Cuánta sabiduría existe para quien la supiera buscar, en la literatura popular burlesca de todos los países y de todos los siglos! Tras las facecias, los chistes graciosos hallas a menudo la sátira exacta; al finar de aventuras inverosímiles, una crítica de la realidad; en medio de la locura más escandalosa, das con la revelación imprevista de alguna verdad paradójal más exacta que muchas sentencias ratificadas por los autorizados. Podríase construir la filosofía de los espíritus sencillos, de los pobres de espíritu y de los demasiado listos, que no tendría de qué



La garra de UNAMUNO apretando el cráneo microcéfalo de un troglodita germanófilo español

(Caricatura de BAGARÍA).

avergonzarse en la comparación con la de los laureados. Francia nos daría su inmortal Monsieur de la Palisse, su Jocrisse, su Bobéche y el infeliz Prudhomme; Alemania el aventurero Simplicissimus, el valiente barón de Munchhausen y ese sucio burlón que es Till Eulenspiegel; Inglaterra el capitán Gulliver y Tristán Shandy; Turquía su loco nacional Nasr-Eddin e Italia no quedaría a la zaga con su Bertoldo, su motejador Piovano Arlotto y con esos viejos *aricatori* (bribones) que se nombraron

Son tipos eternos, ideas platónicas; protagonistas del drama espiritual, y por eso más *verdaderos* que los hombres que nos pasan al lado y que poseen su ficha individual en los registros del censo.

Si consideramos al libro de Cervantes literalmente, hallaremos una sátira literaria, una novela picaresca de primer orden, entretijada de cuentos; pero si arrancando de esta comprobación empírica sabemos introducirnos en los subterráneos de la obra e ir más allá— acaso — de las intenciones del autor,

Gonnella y Basso della Penna.

España exhibirá a Don Quijote con su fiel amigo y escudero Sancho, y bastaría ampliamente para su gloria. Don Quijote no es ya, tan solamente, el personaje de una novela, la feliz invención de un encarcelado genial. Pertenece, como Ulises, como Farinata, como Hamlet, como Gulliver, como Fausto, como Don Abbondio, a esa raza humana que no tiene descripción en ningún manual de antropología, pero es más vital que las otras cinco, tanto que sus ciudadanos han podido esperar la inmortalidad. Estos seres que nunca fueron de carne tienen un alma en la nuestra, tienen hasta un cuerpo en nuestra fantasía; conocemos sus hábitos y aptitudes; conocemos sus pensamientos, sus gustos, y adivinamos lo que harían y dirían en circunstancias dadas. Encarnan, gracias al soplo divino que dió a ellos el arte de sus padres, un lado, un carácter, un aspecto de la humanidad.